

**CIUDADANÍAS ALTERNATIVAS:
HACIA OTRO ROL CIUDADANO.**

**LUGO, A. Y ORAISÓN, M. (COMPS.) (2021)
PARANÁ: FUNDACIÓN LA HENDIJA. pp. 315**

GUILLERMO VEGA

Dr. en Filosofía

Universidad Nacional del Nordeste, Argentina

guivega1978@gmail.com

Cómo citar este artículo:

Vega, G. (2022). Ariel Lugo y Mercedes Oraisón. *Ciudadanías alternativas: hacia otro rol ciudadano*. Paraná: Fundación La Hendija, 2021, 315 páginas. *Palabra y Razón*, 22, pp. 146-151 <https://doi.org/10.29035/pyr.22.146>

Hoy, más que nunca, preguntarnos por nuestra condición de ciudadanos o ciudadanas es de una importancia vital. La pandemia iniciada el año pasado ha condenado a muerte a miles de seres humanos en todo el planeta. La desidia de los gobiernos sumada a la avaricia y al espíritu del capitalismo ha derivado en la acumulación de vacunas, la comercialización a valores restrictivos para países pobres, el vencimiento de lotes sin usar y la consecuente pérdida de vidas. La pandemia ha puesto al descubierto que nuestras democracias contemporáneas están conformadas por una población con diferentes niveles de ciudadanía. La pregunta sobre quién tiene derecho a seguir viviendo recorre las escenas pandémicas de nuestro presente e interpela en forma directa a una modernidad que diseñó los grandes Estados como maquinarias de soberanía para conservar la vida. De esta manera, la igualdad revela su costado más formal y la pandemia no se desarrolla de la misma manera para todos y todas. Desde mayores exposiciones al contagio por el tipo de trabajo, menores chances de asistencia médica en función de ingresos, hasta un desigual acceso a las vacunas. La pregunta por la ciudadanía comprende claramente la escena actual, tanto como lo que se corresponde con nuevas identidades políticas, participación y ciudadanía digital, etc. Es por esto que debemos volver a investigar qué significa ser ciudadanos, qué garantías y obligaciones tenemos por serlo, cuánto de una real experiencia de ciudadanía hay en la vida pública, en las movilizaciones, en los reclamos por ampliación de derechos, por inclusión; cuánto hay en aquellos y aquellas que no tienen Estado o que lo cargan como un destino réprobo; en los migrantes, en los desplazados, en los olvidados, en los hombres infames, al decir de Foucault.

Ser ciudadano es una forma de decir que somos seres humanos. Esta equivalencia tiene su historia y la podemos remontar a la definición aristotélica de hombre: *zoon politikón*, animal político, animal de la *polis*, animal de la ciudad-estado. El estoicismo amplió los márgenes estrechos de la *polis* y planteó la seductora idea de un cosmopolitismo, de una ciudad-mundo o ciudad del tamaño del planeta en la que no existe un afuera. Pero la fascinación del estoicismo fue acompañada también de la ambición romana por un Imperio en el que nunca se pone el sol. Aquí abreva la idea, por un lado, seductora, de una ciudadanía global, pero que, por otro, es tal por su correspondencia palmo a palmo con un Estado Global, un Imperio. Pero, ¿podemos pensar la ciudadanía sin Estado? ¿Podemos pensarla sin Estado y no recaer en viejos planteos esencialistas, metafísicos, teológicos? ¿Podemos pensar en una ciudadanía global que tenga como referencia ya no los Estados Nación, sino la Democracia como forma de vida común?

La raíz aristotélica de la definición de hombre nos conduce a estas preguntas. Ahora bien, también hay otra historia posible. Una que comienza con la modernidad y en la que la ciudadanía es el resultado de un consenso, algo forjado, una condición que se obtiene y a la que se accede de común acuerdo. El siglo XVII pensó al ciudadano como el resultado de la opción por una vida política escogida ante los infortunios y desventuras, la guerra, el conflicto. Pero este modelo de ciudadanía implica un costo, tiene un precio. Un individuo no se convierte en ciudadano sin obedecer, sin acatar el poder y el orden establecidos, sin asumir al soberano que nombra, que clasifica, que reparte, que distribuye. El modelo de los Estados liberales tiene origen en este esquema. En su seno se construyó lo mejor de nuestra contemporaneidad política, pero también las tiranías y democracias en las que el fervor de las mayorías es atizado por los grandes medios de comunicación y el poder corporativo concentrado. El legado de esta tradición son preguntas que asumen la ciudadanía como algo no solo en permanente transformación sino también como un objetivo a lograr. La herencia de esta tradición se condensa en las siguientes preguntas: ¿cuál es la ciudadanía que queremos y a qué precio estamos dispuestos a conseguirla? Y ¿cuál es la relación entre ciudadanía y poder político? Las tradiciones aristotélica y hobbesiana son claves para identificar los límites del pensamiento sobre la ciudadanía como forma de la politicidad de nuestros modos de vida.

El libro que compilan Mercedes Oraisón y Ariel Lugo se ubica en el espacio abierto por estas tradiciones y en las líneas que se fugan más allá de los límites que las mismas ofrecen al pensamiento. *Ciudadanías alternativas* comienza haciendo una constatación: el problema de la ciudadanía no ha sido siempre el mismo, se ha ido transformando a lo largo de la historia en relación con las urgencias a las que hubo que dar respuestas en cada época. “¿Qué es lo que se dirime en las nuevas configuraciones de lo ciudadano?” se preguntan Oraisón y Lugo en la Introducción. A esta inquietud le podríamos sumar otras: ¿qué es lo que está en la base o en el fondo de la cuestión sobre la ciudadanía? ¿Se trata acaso del problema de formar parte? ¿Formar parte de un todo que puede ser la ciudad, el Estado, el mundo? Esta pregunta invoca los derechos políticos, económicos, ecológicos, etc., incluso aquí se podrían enmarcar las reflexiones sobre el “derecho a la ciudad” de David Harvey. Este plano jurídico-político está acompañado por una dimensión sociológica que permite pensar el lugar que adoptan las minorías y los segregados. Las reivindicaciones jurídico-políticas de inserción-marginación están atravesadas por temas ligados a la identidad, al reconocimiento, a los modos de reconocer preservando las diferencias y no disolviéndolas.

La ciudadanía se vuelve dinámica, como sostienen Oraisón y Lugo, coyuntural, forma pura de la *praxis* política, puesto que en su núcleo late el conflicto propio de las luchas por el reconocimiento y de los modos posibles de pensar la democracia.

Todo el libro *Ciudadanías Alternativas* es un ejercicio por liberar el pensamiento de los parámetros clásicos en los que la reflexión sobre la ciudadanía se ha desplegado. Mercedes Oraisón y Ariel Lugo se posicionan en otro lugar teórico, en otra tradición posible, que abreva en la filosofía francesa de Balibar, Derrida y Rancière, pero también en pensadores como Agamben y Chatterjee, y que orientan el pensamiento hacia los conceptos de democracia y participación, vertebrales para un diagnóstico sobre las nuevas ciudadanías en Latinoamérica. El modo en que ambos -Lugo y Oraisón- han clasificado las intervenciones de los/as colaboradores/as recuerda un poco al *De Cive* de Hobbes. En aquel libro, previo al *Leviatán*, Hobbes organiza el desarrollo del texto en base a tres elementos: la libertad, el poder y la religión. *Ciudadanías Alternativas* parece seguir la estructura hobbesiana, dado que también descansa sobre tres elementos emparentados a los anteriores: la participación, el poder, y el más allá.

En la primera parte, el texto nos propone pensar la ciudadanía en términos de participación. Cuatro escritos dan cuenta de las diferentes modalidades que asume el problema así formulado. ¿A qué racionalidad apelar cuando se trata de incorporar a las instituciones democráticas los movimientos políticos, el activismo popular, la participación ciudadana? ¿Cuál es la lógica política, la ingeniería institucional o la arquitectura jurídica que habilita este dinamismo, este movimiento permanente, sin aspirar a clausurarlo o detenerlo? La democracia es, claramente, una respuesta posible, como sostienen los compiladores en la Introducción. Hay esbozada aquí una indicación precisa. Necesitamos explorar por ese lado, por los procesos desarrollados en el país hermano de Bolivia, por los significados de un Estado plurinacional y de una ciudadanía compuesta en la potencia de la agencia y la participación política. A su vez, los movimientos poblacionales humanos terminan de componer la escena en la que se desenvuelve la reflexión en esta primera parte. La migración, inmigración y las fronteras en la puerta de la democracia. Los muros de la ciudad otra vez. La dialéctica interior/exterior extramuros, pero también intramuros (basta con solo ver el conflicto palestino-israelí).

Pensar la ciudadanía en términos de participación conduce a la democracia como centro neurálgico de las disputas contemporáneas. La ciudadanía es pensada en relación a la acción política, sin duda. La lucha por el reconocimiento es central. Sin embargo, todo esto parece introducir marginalmente otro asunto fundamental: el poder. El límite entre el adentro y el afuera, entre quienes son parte y quienes no, se traza unas veces con una mano invisible, la del mercado, la de las grandes corporaciones privadas, que diseñan fronteras y demarcaciones de todo tipo detrás de las democracias. O bien se dibuja con una mano bien visible, la de los Estados autoritarios, pero también la de los intereses financieros claramente definidos (bancos y financieras que han capturado, incluso, la maquinaria del Estado para hacerla funcionar a su favor). El problema del poder nos ubica en la segunda parte del libro que compilan Oraisón y Lugo. Y ambos han elegido una imagen que, al decir de los enólogos, “marida” bien con el poder: la catástrofe. Cuando el poder se concentra sobreviene la catástrofe. Y si la ciudadanía se piensa en la dimensión del poder, asoman dos formas de la catástrofe, cualitativamente diferentes en términos políticos. La que se desencadena cuando el poder separa, divide, excluye y somete. Es quizá a la que más estamos “acostumbrados” por estas tierras. Pero también hay otra, catastrófica (esta vez para el poder), y es la que adviene cuando la primera situación se vuelve intolerable, y la obediencia da paso a la inservidumbre voluntaria, a las rebeliones, a la multitud, a la razón populista. El poder del mercado y el extremismo de las derechas conservadoras son un hecho en nuestra Latinoamérica. La ciudadanía -como hecho y como anhelo- está en riesgo. Y lo está porque también la democracia, como modo de ser político de lo humano, se encuentra asediada. Cuando la catástrofe del poder es invocada para pensar la ciudadanía, del otro lado necesariamente se instala la cuestión democrática.

Finalmente, la tercera parte del texto se concentra en el más allá de las ciudadanía. La relación con el *De Cive* de Hobbes, ensayada al comienzo, no fue meramente ornamental. Pensar más allá de las ciudadanía es también pensar más acá de las mismas. Y es ése el movimiento hobbesiano con respecto a la religión en *De Cive*. La religión no está más allá del Estado sino más acá, antes, por debajo, a su sombra. Hay en el modo en que Hobbes resuelve la cuestión religiosa una paradoja inquietante. Lo que se define como fundado en el más allá solo puede funcionar a partir de los límites trazados por el aquí y ahora de la soberanía. Y las nuevas ciudadanía parecen transitar por ese camino, cuando al proyectarse más allá de lo establecido en el corsé jurídico del Estado finalizan, en algunos casos, estando más acá del mismo. Nos

referimos a la paradoja que tiene lugar con la ampliación de derechos e identidades que culminan en un proceso de integración y recodificación soberano.

Para cerrar es necesario destacar que el valor de este texto está cifrado en tres órdenes. Como primera medida, es un libro en el que la reflexión filosófica se entrecruza con la política, la antropología y la sociología. Podríamos sospechar, sin riesgo a equivocarnos, en una experiencia claramente interdisciplinaria, aunque vale más, quizá, encuadrar el material aquí reunido en un ejercicio de indisciplina, en un intento de des-disciplinar el espacio de reflexión. Más que convocar las disciplinas para pensar la ciudadanía, la compilación de Mercedes Oraisón y Ariel Lugo promueve la disolución de los límites tradicionales desde los que reflexionamos al poner el foco de atención en un objeto teóricamente escurridizo. Por otro lado, es un texto que reúne una pluralidad de miradas y de experiencias, situadas en diferentes lugares y en diferentes idiomas. El ejercicio de traducción que hace accesible el pensamiento y la palabra de otros también es un modo de la participación ciudadana. El texto lo recrea, porque promueve un acceso amplio al pensamiento de quienes están a la distancia tanto de la lengua como de las experiencias otras.

Finalmente, este libro plantea una doble intervención. En el orden de los saberes instala la difícil tarea de pensar en la dirección de una democracia más allá del Estado y de la soberanía clásica. Un desafío enorme para el pensamiento, pero también un programa de investigación para seguir trabajando. La otra intervención es en el orden de la acción, al cuestionar el modo en que ponemos en práctica nuestra ciudadanía. Con ello, interpela directamente las tendencias que han ido consolidándose en los últimos tiempos alrededor del programa neoliberal de gobierno. Tendencia en la que la participación política ha sido sustituida por una participación en el mercado, en donde la deliberación pública deja lugar a la competencia entre la oferta y la demanda, en la que los votos se cuentan en términos rentísticos, y en la que la “ampliación de ciudadanía” es planteada en clave de innovación mercantilizable. Sabemos que el neoliberalismo promueve una disolución de la soberanía, pero con ello arrastra a la democracia y la limita al mercado. Es en esta lucha, sin dudas, en la que este libro se convierte en una estrategia más para desandar.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.